
Mito y economía. Una aproximación a los mitos globalizadores

*Facundo Ortiz de Zárate**

Estamos acostumbrados a considerar el mito como una simple falsedad, como una leyenda sin base histórica. Al estilo de los mitos griegos, sólo sirven para *edificar*, siendo más cosa para niños que para adultos, acostumbrados a pensar y obrar racionalmente. Platón, en *La república*, los rechaza y denosta, y seguramente pensaría lo mismo. Pero lo que no pensaría, es que más tarde terminaría él mismo utilizando aquellos mitos –o más precisamente, otros creados por él– para explicar las realidades que no alcanzaba a expresar con su método racional-dianoético.

Nuestra época vive esa misma paradoja de lo racional y lo mítico, y sólo en los últimos tiempos se ha podido revalorizar lo que el mito significa y vale, contextualizándolo en las culturas y en una verdadera antropología.

Hoy en día, se acepta que el mito es un producto espontáneo de una cultura, como lo son el arte, la ciencia o los usos sociales. No es adecuado aplicar el criterio de historicidad/ficción, ya que el mito tiene su función de signo, y así ejerce influjos perfectamente reales y eficaces en cuanto mito. Pero también tiene una función gnoseológica: transmite un conocimiento profundo de la realidad que no es asequible –al menos en sus implicaciones más profundas– al pensamiento práctico y científico.

* Licenciado en Filosofía y Lic. en Teología por la Universidad del Salvador, Buenos Aires, Argentina. Magister de Filosofía, Universidad San Salvador. Doctorando en Filosofía en la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. Profesor e investigador, Universidad San Salvador, Buenos Aires, Argentina.

El mito se caracteriza por ser, en primer lugar, *respuesta* a las cuestiones más profundas y más graves del ser humano: las de su destino, el origen de las estructuras más fundamentales de su existencia, del mundo, de la realidad, de la vida, del más allá. Pero la otra característica es la de ser el resultado de intuiciones privilegiadas que han descubierto conexiones insospechadas, ocultas en las realidades que conocemos. Así, no será difícil descubrir en las abstracciones de los filósofos y científicos las mismas conexiones profundas y de base que subyacen en las formulaciones míticas. Todo sistema de pensamiento verdaderamente creador descubrirá en sus entrañas un mito oculto, lo cual en nada significa una devaluación del sistema, sino todo lo contrario: a nivel cultural tenemos que abandonar definitivamente el prejuicio del *mito* como leyenda engañosa, para asumir lúcidamente el mito como una *fente privilegiada de conocimiento*, no en su formulación cultural, claro está, *sino en sus contenidos u sentidos más profundos*.

Los mitos de nuestros días, socialmente operantes, se nos presentan hoy en forma secularizada —política, social-mesiánica, espacial, psicoanalítica o económica— pero su función es siempre la misma: es básica e impulsora del vivir colectivo y personal¹. La necesidad de hallarle un sentido a la vida y a nuestras acciones hace que se armen fondos de creencia, en donde su fundamento científico se debilita para dar paso a una proyección más o menos escatológica, y por la que los hombres luchan, se sacrifican y mueren.

Es un fenómeno frecuente y revelador ver, en momentos de exaltación nacional y social, cómo los individuos particulares se sienten tanto más potenciados cuanto más se asimilan al mito vigente, y cómo traducen esta participación en él mediante insignias, uniformes, actitudes y modos de expresarse que, cuanto más despersonalizan al individuo, tanto más incrementan la conciencia de su valor y de su trascendencia histórica por identificación con lo mítico².

1. Al respecto, refiriéndose a la sociedad estadounidense, afirma Michel Albert: «Estados Unidos no es sólo la sociedad del sueño, es la del *self-made man*, en la que ningún éxito es teóricamente inaccesible. Del mismo modo que cada soldado de Napoleón llevaba su bastón de mariscal en la mochila, todo estadounidense puede esperar encontrar al final del camino su primer *millón de dólares*. O, incluso, entrar un día en la Casa Blanca... En otros términos, la movilidad social no es sólo mucho mas fuerte en Estados Unidos que en otras partes, sino que participa del mismo mito fundador». (*Capitalismo*, Paidós, Buenos Aires, 1993, p. 145).

2. CENCILLO, L., *Mito, semántica y realidad*, B.A.C., Madrid, 1970, pp. 12-13.

Tenemos, en nuestras sociedades, diversos tipos de mitos no siempre hechos evidentes por una reflexión seria. Cuando en una sociedad pluralista o en un determinado momento histórico deja de haber mitos colectivos o se reducen a ser *el país de la libertad o de la democracia*, pasan a ejercer su función aglutinante otros mitos menores, realidades o personajes más modestos, o *slogans* que ejercen igualmente influjos en la sociedad. A veces, también, el horizonte de las creencias ha quedado desmantelado por el escepticismo o el positivismo, y así los mitos comerciales vienen a ocupar el vacío que dejan los otros.

Los mitos seculares no poseen la estructura compleja ni la profundidad de los mitos arcaicos, pero sí conservan la capacidad de dar impulso y de hacer sentir una pertenencia a un entorno deseado. Pretenden, de por sí, dar un sentido último y una significación profunda a la existencia humana.

Pero también están los mitos que podemos llamar *científicos*. Cuando la ciencia se halla ante los límites de su pensamiento, choca con la necesidad de dar respuestas no fundadas en criterios estrictamente científicos. Al igual que Platón, los grandes científicos no han podido prescindir de las cuestiones límite cuando realizan una reflexión seria, exhaustiva y lúcida acerca del objeto real de su investigación. Einstein, Plank, Heisenberg, así como muchos otros, al reflexionar sobre los puntos de partida han tenido que salirse de sus métodos particulares para hacer filosofía, a pesar de su mentalidad científica.

De aquí resulta la filosofía como una reflexión meta-científica del objeto que se estudia. Sin llegar a una formulación mítica, la filosofía es la reflexión sobre las causas últimas, la razón de ser de las cosas. El mito, con su construcción simbólica, va todavía más allá, cuando la razón no explica una realidad. Tiene el cometido de dar sentido último al conocimiento. Cuando un científico construye un conocimiento, se basa en estos tres puntales, ciencia, filosofía y mito.

I. MITOS EN LA ECONOMÍA

Luego de esta presentación del mito, podemos entrar en el terreno económico. Se ha dicho que la economía es, al fin y al cabo, la menos exacta de las ciencias. Por más que la ciencia económica avance hacia el descubrimiento cabal del comportamiento de los mercados, y en definitiva del *homo oeconomicus*, la cantidad de variables indeterminables hacen que una teoría en particular jamás se de en la realidad tal como se da en su formulación matemática. Así mismo, las

incidencias políticas en la economía colaboran en la desnaturalización del más acabado plan económico.

Sin embargo, hay ciertos factores que van más allá de estas afirmaciones. A menudo se manejan supuestos, que no siempre corresponden a la realidad que se encuentra en nuestras sociedades. El sistema económico se concibe como un mecanismo funcional de cosas en el que el *homo oeconomicus* funciona como una máquina reactiva a los estímulos del campo económico. El hombre, como agente económico, interpreta la realidad bajo el principio del beneficio. Como los recursos son escasos, tienden a satisfacer sus preferencias intentando maximizar individualmente el beneficio mediante las estrategias más eficaces. Para Von Mises³, las decisiones, valoraciones y finalidades últimas están más allá de la ciencia económica. ¿Corresponde la concepción del *homo oeconomicus* con la realidad del hombre de la calle? ¿Es el egoísmo el motor único de la economía? ¿Es preferible el progreso tecnológico y el bienestar público que de aquí se deriva, a otros bienes no económicos, diversos en cada cultura? ¿Es irracional el hombre que no busca el mejor precio, o la maximización de las utilidades?⁴

Preguntas como éstas podrían surgir abundantemente, lo cual llevaría a replantear el significado del término, o al menos, a manejarlo con mayor precaución.

Se podría argumentar que este concepto es una generalización, resultado de la observación de la conducta humana y del cálculo estadístico, por lo que no es necesario que se de siempre y en todos los hombres; lo cual sería discutible en dos aspectos: primero, cuán poco se verifica este hecho en nuestras sociedades, y segundo, sin ser racional (y por lo tanto ético) será entonces obrar de esta manera. Esta concepción del hombre, que está en la base de todo sistema económico, configura una idealización tal, que excede el marco científico y se transforma en un mito de la sociedad actual. El mito no se discute, se acepta como es; su función es la de hacer creer, dar bases para sostener una teoría. Y un sistema económico funcionará, si los individuos se asimilan al mito si su conducta es *racional*.

Una teoría llamativa, en los orígenes del liberalismo económico, es la de la mano invisible. Dado que el interés individual constituye la mejor garantía del orden

3. MISES, L. V., *Human Action: a Treatise on Economics*, Yale University Press, New Haven, 1949.

4. DYKE, C., *Filosofía de la economía*, Paídos, Buenos Aires, 1983, p. 205.

social y el interés económico es enormemente eficaz para regir los asuntos humanos, Smith descubre que la competencia del mercado es la mejor regla para regir un sistema económico. Según esta teoría, basándose en una idea particular de naturaleza humana, afirma Smith que si el estado no pretende intervenir en los resultados de los procesos económicos, las solas leyes del mercado llegarán a un equilibrio tal que proveerán el bienestar y la armonía social. Este sistema de libertad natural sólo deberá estar acompañado por una legislación estatal y una administración fiable de la justicia. En la *Teoría de los sentimientos morales* afirma que el interés propio de los individuos permanece ligado a sus sentimientos naturales de simpatía, porque el desmedido interés por sí mismo perturba la relación social, que en cambio, es protegido por el sentimiento natural de simpatía hacia el otro y por el sentimiento –también natural– de culpa. Aquí se encierran no sólo el mito mencionado de la mano invisible, que misteriosamente cuida y mantiene el orden y el equilibrio económico, sino también un cierto mito de lo natural como garante del orden social⁵.

El mismo Adam Smith, al expresar su teoría en la riqueza de las naciones, reconoce que el mercado no es perfecto, y que en ciertas ocasiones –como por ejemplo, cuando no hay suficientes incentivos para invertir– el Estado debe intervenir para suplir las carencias de esta mano imperfecta.

Se podrían descubrir varios otros mitos que han sido afirmados a lo largo de la historia del pensamiento económico. Es interesante el hecho de que hoy en día se insiste mucho en los medios de comunicación en la teoría de la «U» invertida de Kuznets. Como resultado de la aplicación de medidas neoliberales drásticas, en Argentina, como en muchos países del mundo, se observa un gran florecimiento económico (grandes inversiones, aumento de los depósitos bancarios, aumento de la bolsa) simultáneamente con grandes malestares sociales, desocupación y empobrecimiento general. La respuesta a esta paradoja la da Kuznets, al explicar la trayectoria de crecimiento e igualdad social de una nación. En el momento del despegue, cuando comienzan a aplicarse las nuevas medidas, hay una gran mejora de los índices macroeconómicos.

Paralelamente a esto, un sector toma la delantera con este crecimiento, lo que acentúa las diferencias sociales y económicas. La economía llega a un punto de

5. Cfr. CONILL, J., «De Adam Smith al imperialismo económico» en *Claves de razón práctica*, (2996), n° 66, pp. 52-56; esp. p. 56.

inflexión, donde hay máxima desigualdad, pero en donde se empieza a ceder por dos razones. Una, política: los sindicatos y los partidos populares presionan con éxito por una mejor distribución. Otra, económica: los empresarios necesitan más y más consumidores con alto poder de compra para ampliar su mercado. En la etapa final del crecimiento, ya hay recursos más que suficientes para atender simultáneamente la acumulación que exigen las diversas inversiones y la distribución, sin la cual no habría bienestar ni consenso⁶.

A continuación de esta cita, el autor explica que la situación actual es la de la primera etapa, pero remarcando el hecho de que los sectores de más bajos ingresos están, en términos absolutos, mejor que antes. Sólo en términos relativos se destaca la pobreza. El estado deberá cuidarse de no intervenir en este proceso.

Lo llamativo de esta teoría no es tanto la primera parte, fácilmente comprobable – la del aumento del crecimiento y de la inestabilidad social– sino la segunda, es decir, la llegada a un punto de supuesta igualdad en un nivel de prosperidad general. Se da por supuesto que el estado ideal al que tiende la economía es de una gran equidad general, llevada –nuevamente– por las fuerzas del mercado.

II. ALGUNAS REFLEXIONES

En estos momentos, pueden surgir algunos interrogantes: a) ¿Cuántos mitos están ocultos en el sistema económico, que vienen a reforzar la creencia en un modelo particular? b) ¿Cuánto y de qué modo se confía hoy en día en la supuesta científicidad de una teoría determinada sin descubrir las afirmaciones que no están fundamentadas sino en una proyección mítica? c) ¿Hasta qué punto estas teorías o medidas económicas vienen consensuadas por un proyecto global y no por una seria y delicada crítica económica, confrontada con la realidad social? De aquí se desprendería otra d) ¿Qué responsabilidades trae el seguimiento de estas formulaciones así tomadas *científicamente*, para nuestras naciones y nuestros pueblos?

a) La teoría de Kuznets no es nueva. Ésta, como las mencionadas anteriormente, no responde a un agujero lógico de la ciencia económica. Están perfectamente estudiadas y revisadas. No se trata de desvalorizar el contenido racional y

6. GRONDONA, M, «Crecen juntos la economía y el malestar», publicado en el diario *La Nación*, 15/6/97.

matemático de las ciencias. Una ciencia no lo es menos porque contenga mitos subyacentes. Se trata, en todo caso, de descubrir qué concepción hay detrás de las afirmaciones, qué proyección del hombre y de la sociedad se está buscando –y también pregonando– a través de un sistema económico determinado. Se trata, entonces, de encontrar los límites propios –no impuestos arbitrariamente– de la misma ciencia, que admite correcciones basadas en la realidad social y humana.

Seguramente se podrán encontrar muchos mitos, tanto en la economía, como en otras disciplinas. Algunos los entenderán como simples leyendas falsas, otros como signos que representan una precomprensión del mundo y del hombre. Lo importante es descubrir el valor epistemológico que tienen dentro del sistema, para encontrar así también los límites propios del pensamiento económico.

Si se aceptara que en la economía, como en las demás ciencias, hay mitos presentes y ocultos, se establecería un punto de contacto entre la economía y las culturas particulares. Cada cultura posee sus imaginarios, a veces muy distintos entre sí, y que vienen a ser la matriz en donde se implanta y se aplica un programa económico. En la historia se conoce la situación que se ha creado cuando un pueblo *poderoso y trabajador* consideraba a otro *vago y holgazán*, porque no tenía la misma comprensión de la función del trabajo y el progreso. En la realidad cotidiana, se acostumbra a juzgar de acuerdo a la propia cultura: el valor del trabajo, el dinero, del progreso, de los derechos y de las dignidades, etc. En todo esto, los mitos presentes en las culturas y en la economía tienen un papel predominante.

b) La gama de creencias en la economía como ciencia exacta, matemática y rigurosa es amplia. No faltan, aún hoy en día, los que creen firmemente en el cientificismo, que niega otro conocimiento que en lo racional –matemático– y que afirma que la ciencia salvará al hombre. Respecto de la mano invisible, dice Paul Samuelson:

El estudiante de economía evitará caer en el error de imaginarse que el mecanismo de los precios tiene que funcionar de manera caótica si no hay alguien que lo dirija. Una vez aprendido esto, debe cuidar de no caer en el otro extremo, que es el enamorarse de la belleza del mecanismo de precios, considerándolo como la perfección misma, como la esencia de lo providencialmente armónico y como algo en lo que no deben posarse manos humanas⁷.

7. SAMUELSON, P., *Curso de economía moderna*, Aguilar, Madrid, 1959, p. 35.

Luego de esto, Samuelson comenta la obra de Adam Smith, quien proclama el *principio místico de una mano invisible*. Termina diciendo: «... En resumen, [lo real] no es ni blanco ni negro, sino gris y con lunares».

La precaución de Samuelson viene fundada en que nunca se implementó –ni se implementará– de manera completa y perfecta la presente teoría. La distancia entre la teoría y la práctica económica es muy grande. Paul Krugman⁸ explica cómo un modelo está basado siempre en una simplificación exagerada de la realidad, que no incluye, en ningún caso, los tres elementos presentes en el mundo: lo aleatorio, lo casual y lo absurdo. Se trataría, dice este economista, de agregar lo obvio: la imperfecta racionalidad, o sea, *lo real*. Está teoría complementaria no viene a reemplazar el libre comercio, sino simplemente a acotar su validez, transformándola en una *verdad relativa*.

Pero también se podría agregar que en la misma teoría, los mitos constituyen un fondo que de por sí no es aplicable, no se dan, no se realizan sino míticamente. La mano invisible no se da *tal cual* en la realidad, y sin embargo, *tiene un sentido* en la economía.

c) La globalización afecta, en nuestros días, no sólo a las empresas y a las economías regionales, sino también a los pensamientos que se divulgan y se promueven por los medios y los centros académicos.

¿Es la globalización producto de una ideología dominante o de una necesidad fundada en el desarrollo actual a nivel económico, político y social del mundo? Es innegable la gran influencia de los medios de comunicación, que facilitan la homogeneización de las políticas económicas. Pero también es innegable la función que los mitos cumplen en esta propagación. Hoy en día es un *tabú* hablar de control estatal, así como de las políticas de pleno empleo. Lo que antes era aceptado como una *verdad necesaria*, hoy en día es totalmente rechazado. Mientras tanto, los mitos siguen movilizandolos distintas teorías.

d) El conocimiento de los mitos presentes en la economía permite profundizar en una más acertada antropología económica. Al revisar el concepto de *homo oeconomicus*, se abre un panorama más claro para la elaboración de una ética

8. GRAZIANO, W., «En busca del eslabón perdido», publicado en el diario *La Nación*, 31/11/96.

económica. Es propio del hombre darle sentido a las cosas y la economía no está exenta de ello. Todo obrar humano tiene un sentido y la economía debe tener un sentido profundo, de realización humana. A esto contribuyen los mitos, presentes, tanto en la economía como en las culturas. El modelo neoliberal promueve la separación entre ética y economía, situando a esta última en el ámbito de lo estrictamente científico. La responsabilidad, de acuerdo a esta teoría, no está presente sino para aplicar un modelo determinado de la manera más científica (=exacta) posible. El economista serio se ubica, así, entre dos paredes: las formulaciones matemáticas por un lado, y la realidad por otro; como un ciego que intentara armar a tientas un rompecabezas, sin más instrumentos que el tacto de su sola racionalidad científica. Por el contrario, el que toma en cuenta la racionalidad mítica, adquiere un instrumento para ver *tanto la realidad* –el hombre y su cultura particular–, como las teorías económicas, con sus distintos grados de científicidad.